



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Luis Taboada.)



—Yo soy sencillo,
soy bonachón,
y, sin embargo, me creen un pillo,
porque á punzadas las acríbillo,
todas las cursis de la nación.

SUMARIO

TEXTOS: De todo un poco, por Luis Taboada.—En Fuenterrabía, por Fiacro Yrizar.—Palique, por Clavé.—¡Oh, el honor!, por Félix Roncesvalles.—Examen de derecho, por Antonio Montalbán.—A una ciclista, por Sinesio Delgado.—Una cornada, por Luis de Ansoarena.—El eco de las moñas, por Juan Pérez Zúñiga.—El prestigio, por Alejandro Larribera.—La primera comañón, por Serafín Álvarez Quintero.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Luis Taboada.—Ejercicios higiénicos (ocho viñetas).—A una ciclista.—El amor al arte.—La imaginación.—La eterna dificultad, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Irún Agosto 19.

Mi querido Sinesio: Me he venido a Irún con Fiacro, desde Fuenterrabía, correspondiendo a la atención de nuestros amigos Leandro Picavea, Gerardo Pedrós, Ramón Iribarren y Manuel Alvarellos, que nos han convidado a pasar la tarde en su compañía. Aprovecho, pues, unos cuantos minutos de calma para escribirle a usted, a fin de no provocar sus iras y cumplir al propio tiempo con MADRID CÓMICO.

En este país, dado el sistema de vida que llevamos, es punto menos que imposible poder cumplir con nuestros deberes periodísticos. Nunca hay hora a propósito para escribir, pues siempre alegres y bulliciosos, cuando mejor dispuesto está uno en Fuenterrabía, llegan los amigos de Irún y nos dicen a Fiacro y a mí:

—Ea, vamos a tomar cualquier cosilla ligera: una langosta, unas calpirones, un poco de jamón con tomate...
—¡Pero, Gerardo, por Dios!—solemos decir.—¡Tenemos que ganar la vida con el sudor del rostro!

—Ya harán ustedes eso mañana.

Y ni Fiacro termina sus escenas, ni yo compongo mis artículos, y si hacemos algo es de prisa y corriendo, como sucede ahora que estoy en el Casino de la Amistad, de Irún, hilvanando estos renglones, mientras los amigos disponen lo necesario para darnos de comer.

¿Qué Andalucía, ni qué Madrid, ni qué rábanos? Irún, Irún es la tierra de los «juerguistas» impenitentes. Yo no sé cuándo trabajan, ni cuándo se afeltan, ni cuándo se mudan; ello es que a todas horas del día y de la noche les ve usted de jaleo.

¿Que hay romería en Hendaya, ó en Behobia, ó en Vera? Allí van los de Irún, metiendo ruido y gastándose el dinero que es una bendición. ¿Que hay toros en San Sebastián, ó en Bayona, ó en Dax, ó en el infierno? Los de Irún acuden como un solo hombre y no regresan a su hogar hasta haber apurado la colilla de los placeres.

El que padezca de melancolía que se reúna con Gerardo Pedrós y Leandro Picavea, y ya verá qué pronto se le pasa la murria. Yo tuve un flemon el otro día, y ni los enjuagatorios, ni las unturas, ni las pasas, «abiertas por gala en dos», conseguían reventármelo. Se me había puesto la mejilla lo mismo que un melocotón, y la nariz se me había ensanchado hacia la izquierda; de modo que no me conocía nadie en mi propia casa y el cartero no quería darme la correspondencia, creyéndome otro. En esta situación horrorosa llegaron los de Irún, que iban a Fuenterrabía, como todas las tardes, a merendar, y cuando me vieron hinchado por arriba, después de decirles quién era, comenzaron a catequizarme.

—Bueno, pues en el caso de que sea usted Taboada efectivamente—dijo Picavea,—le invitamos a merendar.

—¿Cómo quiere usted que merienda si tengo unos dolores horribles y además no me cabe nada en la boca? ¿No ve usted que ni siquiera puedo abrirla?

—Empieza usted tomando una tacita de caldo con un par de huevecitos—dijo Pedrós.

—Y después unas almejititas—añadió Picavea.

—Y luego una chuletita—agregó Iribarren.

Entre todos consiguieron abrirme la boca y acabé por merendar, y antes de los postres ya se me había reventado el flemon.

Con los de Irún no hay flemon que se resista, ni pasión de ánimo que no desaparezca, ni romanticismo que dure...

En Fuenterrabía veranea un joven portico que andaba vagando por la playa, creyendo ver entre las ondas a la virgen de sus sueños blandamente tendida sobre un lecho de espumas, como decía él.

Desde que estaba en la fonda sólo había comido sémola y alas de pollo.

Los sonetos brotaban de su pluma a todas horas, cual canastillo de bien olientes flores; era, en fin, un joven que no se peinaba por parecerse a Manrique, el enamorado de Leonor...

Llegaron una tarde los de Irún, y tales cosas le dijeron y de tal modo le entusiasmaron, que el hombre arrojó la citara y se puso a comer calamares fritos. Hoy el romántico anda por aquí bebiendo sidra y haciéndole el amor a una criada de Logroño picada de viñuelas.

.

Todo esto demostrará a usted, amigo y director, que lo pasamos perfectamente en Fuenterrabía y que Fiacro no acabará la zarzuela empezada, ni yo podré escribir con tranquilidad las crónicas del MADRID CÓMICO.

Hoy porque venimos a Irún, mañana porque van los de Irún a Fuenterrabía, el caso es que no tenemos un solo instante de reposo; y si a esto agrega usted que muchas tardes nos vamos Fiacro y yo a pescar besugos en aguas francesas, ó bien pasamos a Hendaya a comer pasteles, ó nos vamos a Biarritz a respirar aquella atmósfera aristocrática, es fácil colegir que no haremos nada a derechas.

Save Dios a qué hora saldremos de Irún, pues la comida que nos preparan los amigos de referencia y otros pertenecientes a la Junta del Casino durará algunas horas.

Vamos a comer bajo un precioso magnolio que hay en el jardín, donde se celebrará concierto y baile, como todos los sábados. Las chicas de Irún, que las hay preciosas por cierto, lucirán su elegancia y me harán repetir lo del insigne Hartzenbusch:

*Te vi en el baile; me miré al espejo...
¡ay, qué rabia me dió de verme viejo!*

.

Mejor que en San Sebastián y que en Biarritz se pasa el verano aquí, no cabe duda; pero el que venga a veranear que renuncie a escribir, hasta a su familia.

Termino, pues, esta carta pidiendo a usted perdón. No hay medio de sustraerse a la dulce influencia de estos amigos cariñosos que nos otorgan favores y nos quitan las penas.

Reciba usted recuerdos de Chapí y Ramos Carrión, a quienes tuve el gusto de abrazar en Fuenterrabía.

De Sánchez Pastor no digo a usted nada: para poco allí y las horas que para las dedica... ¿a las zarzuelas? dirá usted. Pues, no se fiar... ¡a la fotografía!

¡Le digo a usted que en este país suceden las cosas más extraordinarias!

Adiós, querido Sinesio; a Cilla un abrazo, otro a Chaves, otro a Juanito, y para usted otro muy apretado de su verdadero y asendereado amigo

Luis Taboada.

*

En Fuenterrabía.

Don Dario Ruiz Delgado, que es un señor de Briviesca sumamente aficionado al noble sport de la pesca, vino aquí a veranear sin más causa ni razón que poderse dedicar a esa pícaro afición.

Como es hombre de dinero que gasta de cualquier modo, y el dinero es lo primero que hace falta para todo, se ha comprado una lanchita con sus velas y sus redes,

que es la cosa más bonita que han podido ver ustedes.

Mandó en ella colocar anzuelos de cien modelos, pues también quiere pescar, si se terciar, con anzuelos, y una vez que el de Briviesca vió el barcuchito aparejado con los trastes de la pesca, nos decía entusiasmado:

—¡No, no lo duden ustedes! Mañana salgo a la mar, y en cuanto tienda las redes ¡ya verán lo que es pescar!

Daré la vuelta á la costa
con esta lancha velera,
y no queda una langosta
para contarla siquiera.

Voy á limpiar esos mares
de merluzas y sardinas
y atunes y calamares
y pajeles y lobinas.

¡Verán en pocos momentos
todas mis banastas llenas!
¡Pescaré congrios á cientos
y salmones á docenas!

Y, en efecto, al otro día
saló á la mar don Dario...
¡y pescó... una pulmonía
de padre y muy señor mío!

Fiasco Uruguay.

PALIQUE

Estos higienistas piden á veces la luna, aunque todo por nuestro bien.

Á uno de esos sabios se le ocurre escribir, en un periódico popular, que ahora en verano, para evitar los excesivos calores, se deben colocar las viviendas donde haga fresco.

Colocándolas, así dice.

Pero ¿cómo vamos á andar con la casa acueltas?
Eso debe llamarse higiene... para los caracoles.

En el Senado se discutió el presupuesto de Fomento de prisa y corriendo, por fórmula, y nadie se fijó en tal cosa. El Sr. Sánchez Román pidió, con mucha justicia, que se dedicase á los gastos de Instrucción pública cantidad algo más respetable que la muy exigua y mezquina que hoy se les dedica.

Pero... como si cantara el Sr. Sánchez Román.

No se le hizo caso.

Un país así es una cosa, absolutamente, de broma.

Todos sabemos que la enseñanza oficial está perdida; que es inútil; desdoro de España ante la Europa de veras culta.

Pero, por lo mismo que todos estamos convencidos de ello, no se hace nada por remediar esta vergüenza.

Nos parece una vulgaridad ya anticuada procurar que mejore la enseñanza.

El ministerio de Fomento no sirve más que para que hagan el caldo gordito los grandes contratistas y los reaccionarios. Entre caciques negociantes y mestizos se reparten las obras públicas y el pan espiritual... untado con manteca, de la ciencia oficial.

Tenemos un Consejo de Instrucción pública copado por una partida carlista; ni más ni menos que podía estarlo, durante la guerra civil, una compañía de cazadores.

Hay carlistas que, hasta donde pueden, hacen lo que el Verbo; porque, así como éste, sin dejar de ser Dios, quedó hecho hombre, según el misterio de la Encarnación, esos carlistas, sin dejar de ser ojalateros, quedan hechos hombres á fuerza de transigir entre bastidores con las impurezas de la realidad liberal conservadora.

Esos carlistas procuran volver á la enseñanza á los tiempos de Maricastañas. Crean las cátedras de religión, que tal como son no pasan de ser un alarde de jesuitismo triunfante; vuelven á señalar un número de fiestas determinado para que se pierda curso, desairando la iniciativa y la discreción de los profesores y convirtiendo la disciplina interior de las clases en un mecanismo oficinesco. Según esa disposición, un profesor con doscientos ó trescientos alumnos tendrá que gastar todo el tiempo de su conferencia en *pasar lista*. Después, entra el expedienteo de las excusas legítimas para la falta de asistencia; los certificados, verdaderos ó falsos, de los médicos, etc., etc. Todo esto es así porque esos *mangoneadores* del Consejo son, no sabios, sino estudiantejos encanecidos en la rutina, *memoriones* inconscientes, hombres de un solo libro... y ese malo: profesores que tienen más de covachuelistas que de catedráticos.

Después viene lo de la provisión de cátedras. La mayor parte se las llevan, por concurso, auxiliares que jamás han tenido valor, ni conocimientos suficientes, para presentarse en unas oposiciones. Hombres que llegan á los treinta y á los cuarenta años sin más méritos ni servicios ni títulos que haber entrado, para matar el hambre, por la puerta del favor, en el profesorado supernumerario, con sueldo mezquino y con la obligación de servir para un fregado lo mismo que para un barrido. Un día explican derecho mercantil y al siguiente derecho canónico, y á veces tres ramas del derecho á un tiempo; no saben nada de nada, no hacen más que estudiar *al día* una lección de cualquier cosa por un librito de texto. Y con esta ciencia precaria... el Estado les encomienda en propiedad una cátedra. ¡Y adiós leccioncita estudiada por el librito de texto! En adelante, como la cátedra es propiedad *ya no pueden quitársela*, el auxiliar á la violeta ya no estudia absolutamente nada; y allá los chicos, que aprendan de memoria un texto de algún amigo del profesor, que, como una cosa es la amistad y el negocio otra, suele cobrar una prima por haber señalado aquel autor y no otro.

Esto, que parece mentira y es tan repugnante, es lo corriente. Pero hay excepciones... v. gr., las de los profesores que señalan por libro de texto... un código; el código civil, el mercantil, el penal, etc., y hacen á los chicos repetir de memoria los artículos... y se acabó la enseñanza. ¿No se podía aborrazar el Estado el sueldo de profesores que *explican* de esta manera? Los estudiantes, para aprender de memoria el articulado de un código, ¿necesitan las alforjas del catedrático?

En cuanto, á las pocas cátedras que salen á oposición... no salen. O hacen que salen y se quedan en casa. Hace diez años que estoy yo nombrado para el tribunal de unas oposiciones; se han muerto jueces, opositores... y la cátedra no sale. ¿Por qué? O porque á algún auxiliar influyente le conviene que no salga, ó porque algún cuodólogo, á fuerza de freno, consigue que no dé un paso el expediente. No le conviene que el tribunal se constituya, porque todavía no ha intriguado bastante para conseguir que todos los jueces le prometan votarle incondicionalmente.

Otras cátedras salen en seguida. Y en esas todo va como una seda. Los que están en interioridades, allá por las oficinas del Consejo y del negociado respectivo, saben que la cátedra está dada *á priori*. Pero en las oposiciones no se conoce á quién; y los infelices comparecemos involuntarios de esta farsa hacen los ejercicios, se lucen si es caso, y se quedan con un palmo de narices. Ejemplos recientes hay bien escandalosos. Y los carlistas de marras anduvieron en el ajo.

Por supuesto, en tales oposiciones, jueces y opositores *agraciados* siempre son reaccionarios, procedentes de empeño carlista.

¿Que cómo consiguen esos caballeros tanta influencia... y manos sueltas?

Pues es muy sencillo.

Convirtiéndose en .. caracoles.

Siguiendo el consejo del higienista de quien hablábamos al principio.

No para huir del calor, sino al contrario, para arrimarse al sol que más caliente, trasladan la vivienda de sus opiniones, el edificio de sus convicciones con cimientos y todo, colocándola donde lleguen los rayos vivificadores del presupuesto y el mangoneo... y ¡oh paradoja! después de encontrar el sol que más calienta... ellos se quedan tan frescos.

Clarín.

EJERCICIOS HIGIÉNICOS

LA ESCRIMA



Se coloca usted delante del espejo, se abrocha usted el chaquet mangriento de modo que no se vea el cuello de la camisa.



¡Toma usted un sombrero de copa y le tapa usted un par de puñetas para que se abolla.



y se echa usted á la calle con el cuello levantado y las manos en los bolsillos.



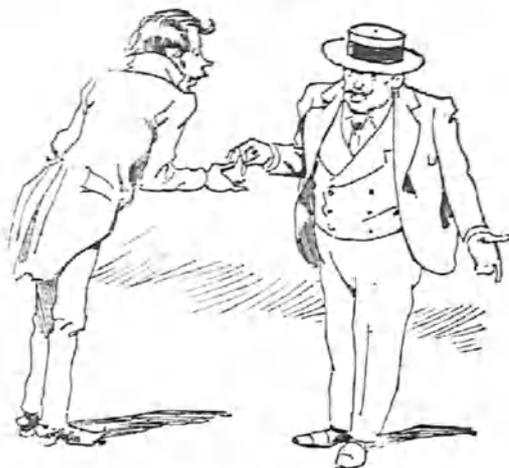
Se acerca usted al primer transeunte que tenga cara de bueno y le saluda usted afectuosamente;



saca usted en seguida un pañuelo roto y se enjuga las lágrimas;



Después le dice usted al oído que tiene usted á su mujer enferma y no puede darle una taza de caldo.



y botonazo seguro;



con lo cual puede usted tomar unas copas en cualquier parte.

★
¡Oh, el honor!

Se cruzan dos aceros,
y al corajudo envite de una espada
que arremete con ímpetus certeros,
quedan los caballeros
con honra, más que limpia, inmaculada.
Y aquél, que es un villano,
y aquél, de cuyos dedos codiciosos
apartan las monedas temerosos
los que observan el giro de su mano,
y el otro, que murmura
si es pura una mujer ó si no es pura,
lavan su honra afrentada
con el hábil manejo de una espada.
Y esto á demostrar viene
que hay quien lava su honor... ¡y no lo tiene!

Félicia Roncesvalles.

★
EXAMEN DE DERECHO

(CUENTO)

—Firme usted. Saque las bolas. Número tantos y tantos. Sección... Corriente. El derecho lo dice de un modo claro: fijémonos en el robo, puesto que es igual al caso: es el *autor* el que quita cualquier cosa con su mano, *cómplice* el que se aprovecha del botín en el reparto, y *encubridor* el que oculta sabiendo que se ha robado. De manera que... pondremos cualquier ejemplillo práctico. Figúrese usted que Lucas, que va de ronda con Pablo, salta una noche las tapias del corral del boticario y roba un par de gallinas, ó de pollos, ó de patos,

mientras se queda el amigo tapias afuera atisbando. Pues la cosa está bien clara: resultará en este caso que Lucas es... vamos, hombre, au... ¡autor!

—Autor.

—Exacto.

Y, cometido el delito, los compinches, mano á mano, se comen tranquilamente las gallinas ó los patos, sin dejar más que las tripas y las plumas para rastro. Pues si resultó que Lucas era autor del robo, Pablo, como ello mismo lo dice, será... cóm... cóm...

—¡Convidado!

Por la tradición,

Antonio Montalbán.

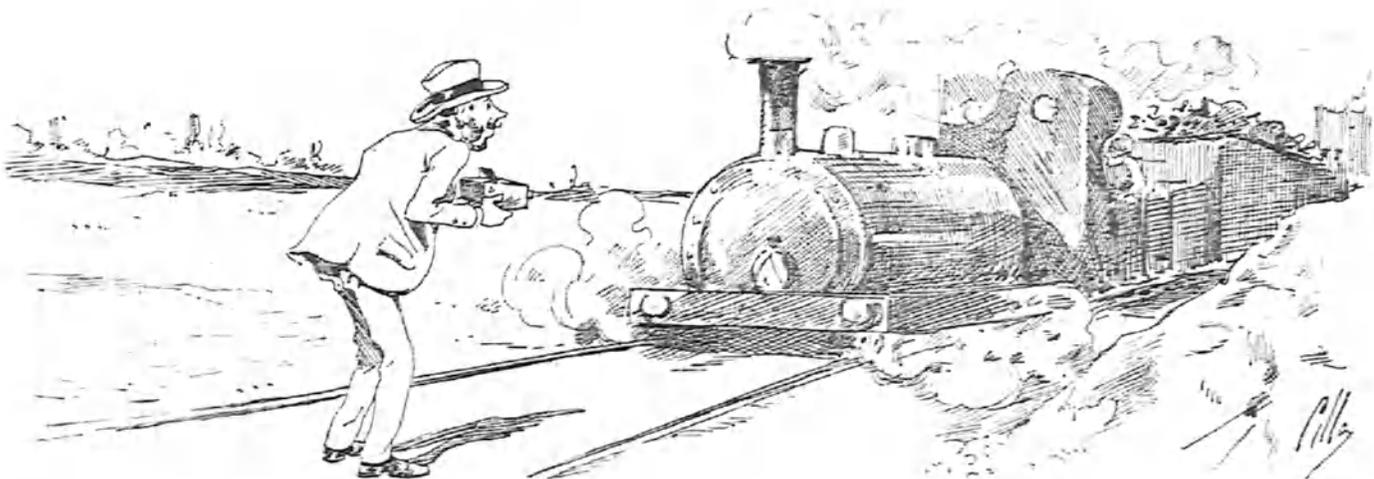
Á UNA CICLISTA

¡Dios la conserve á usted las pantorrillas,
encantadora Elena,
y me conserve á mí sanos y salvos
los ojos para verlas!
¡Bien venida á los campos del progreso
la *rauda* bicicleta
que, descubriendo nuevos horizontes
al arte y á la ciencia,
cuando cae, además, en buenas manos
(léase buenas piernas),
sin ofender á la moral descubre
misteriosas bellezas!
Los hombres, encogidos, fatigados,
enseñando las medias,
con el *jersey* de rayas muy ceñido
y el gorro con visera,
podrán servir de pasto á las habillitas
de muchas malas lenguas,
pues claro que no tienen la figura
ni varonil ni esbelta.
Pero las hembras no; porque no hay nada
más lindo que las hembras
envueltas en los pliegues elegantes
del traje de carreras
que con la marcha rápida se agitan,
ondulan, se despliegan
y escondidos encantos, siempre nuevos,
al transeunte enseñan.
Ya habrá notado usted que, cuando pasa
veloz, airosa y bella,
las miradas ansiosas la persiguen
tenaces y... perversas.
¿Y sabe usted por qué? No porque admiren
lo bien que *pedalea*,
que eso suele importarle tres cominos
á la gente discreta,
sino porque es la dicha de un segundo
lo que usted representa
poniéndose al alcance de unas manos...
que no pueden cogerla.
¡Dios la bendiga á usted, y á ser posible
la aumente en lo que quepa
la afición al *sport* que está de moda
en Europa y América,
porque de esa manera los amantes
de las formas... *correctas*
podemos, sin perjuicio del decoro,
recrearnos en ellas!
Los jóvenes anémicos que buscan
distracciones higiénicas
pueden perder el gusto, porque á nadie
le importa que lo pierdan;
pero en las chicas guapas nos conviene
que la afición se extienda,
que luzcan, acortando los bombachos,
todo lo que se pueda;
y si el Gobierno manda que desfilen
más despacio y *mas cerca*...
¡Dios me conserve á mí sanos y salvos
los ojos para verlas!

Sinesio Delgado.



El amor al arte.



—He puesto la máquina para enfocar á dos metros... ¡Esta vez me salgo con la mía de tomar una locomotora de frente!

Una cornada.

I
Cogió el infeliz los trastos,
y con un miedo espantoso,
del que daban claro indicio
la palidez de su rostro,
lo desmayado del cuerpo
y la angustia de sus ojos,
rodeado de los sayos
se fué derecho hacia el toro,
por el pan que le pedían
unos ángeles llorosos
y una mujer que rezaba
para que volviera pronto,
mientras el bárbaro público
gritaba: —¡Dejadle solo!

II
¡Faena torpe y pesada
la del desdichado mozo!
Cubría el sudor su frente,
temblábase el cuerpo todo;
la muerte vista tan cerca
llevaba su angustia al colmo,
y las voces de la gente
le volvían medio loco.
—¡Qué miedo hace! — ¡Dale un tiro!

—¡Ni en Vallecas! — ¡Si es un choto!
—¡Que voy á bajar!... — ¡Cobarde!
—¡A ver... baile usted otro poco!
así, borracho de rabia,
rugía el salvaje coro,
arrojando al redonde
naranjas y cascotes rotos.
Uno de éstos con gran fuerza
le dió al muchacho en el rostro..
Se puso lívido... fuése
con decisión hacia el toro,
á ciegas intentó herir...
y, entre una nube de polvo,
viósele en alto, y después,
caer en la arena á plomo,
inundado en sangre el pecho
y muy abiertos los ojos!

.....
.....
Dominando el alarido
que entonces lanzaron todos,
se oyó una voz que decía:
—¡Basta de aspavientos tontos,
señores!... que esa cornada
se la hemos dado nosotros!

Luis de Ansorena.

EL ECO DE LAS MONJAS

En cierto despoblado
hay un convento aislado,
severo y silencioso,
con trece religiosas,
dedicadas las trece, entre otras cosas,
á rezar de rodillas
y á batir huevos para hacer natillas.
Tiene aquel edificio, que es grandioso,

un eco misterioso.
Llegan frente á las monjas los paletos,
admiran cómo el eco sorprendente
repite claramente
el sonido y la voz, y asaz discretos,
dirigen á las monjas tiernas frases,
pues ya de blancas ó de negras tocas
hay monjas de mil clases,
mas de repetición se ven muy pocas.

Y ante el efecto aquel á coro exclama,
con evidente escama,
igual la gente pobre que la rica,
pues la causa del eco no se explica:
«¿Por qué tan grave farsa se permite?
¿Ahí quién diablos se esconde?
¿Si será el sacristán el que responde!
¿Si será el capellán el que repite!»

Pues bien, caros lectores,
decía un trapalón de los mejores
ponderando aquel eco tan chocante:
—Llego ante el eco yo, la voz ahueco,
exclamo «buenos días», y al instante
«buenos los tenga usted», contesta el eco.

—Pues oye — dijo un golfo allí presente, —
me puse un día enfrente
del famoso convento,
grité «¡cinco!», y al cabo de un momento
«¡veinte!», contestó el eco endemoniado.
—Lo tendrían quizá desarreglado
las monjas.

—No me vengas con sandeces.
Bien claro dije «cinco»;
lo que hay es que lo dije cuatro veces.
—Pues ni eso vale nada —
dijo un tercer guasón, — ni habéis oído
caso igual al que á mi me ha sucedido.
Ante aquella fachada
«¡quiero fumar!», grité muy decidido.
—¿Y el eco? De seguro
«¡quiero fumar!» repetiría en seco?
—No, señor, salió el eco y me dió un puro.
¡Lo que no hace en el mundo ningún eco!

Juan Pérez Zúñiga.

La imaginación.



—Tú figúrate que aquellas casas son vapores con sus chimeneas y todo, que aquella llanura es agua y que aquellos cuernos son gaviotas, y... ¡como si estuviéramos en la playa! Con la ventajilla de que no nos hemos gastado el dinero.

El prestigio.

I

El reino de Pentacis no se señala en ningún mapa, y acaso no haya figurado jamás en la geografía terrestre; demos de barato el detalle y creamos de buena fe—en gracia á ser éste un cuento—que ha existido, perdido en algún valle de la antigua Helade, y marquemos como época aquella dichosísima en que el Atica era regida por el gran Pericles.

Aquietada así tu conciencia, lector, si eres de los que gustan poner los puntos sobre las *ies*, seguiré el relato, pintándote al que en tal cielo gobernaba á los pentacisios, Kamalión VII, un rey heredado, capaz de levantar á pulso al desdichado que atravesara con su lanza.

Este Kamalión tenía en tal concepto su soberanía que, más que hijo de mortales, creíase de Júpiter tonante, y algo hubiera dado por poseer en la diestra mano, como el olímpico señor, rayos prontos á ser lanzados; miraba á su pueblo como un rebaño populoso de borregos que á la sola vista del amo balaban de gusto; en esto de considerar así al «pópulo» casi todos los príncipes se dan la mano.

Rodeábase Kamalión de todo el boato que podía soñarse en una corte bárbara y practicaba con todo el rigorismo de un Austria el enojoso ceremonial que forman el miedo, la adulación y el orgullo cortesanos, en comandita con la cándida admiración del pueblo hacia todo lo que considera en un lugar preeminente al que él ocupa.

Creía el rey de este cuento que cuanto más brilla una cosa más valor alcanza, y que si un príncipe se ofreciera á sus súbditos como uno cualquiera de éstos, acabarían todos por menospreciarle y retirarse en las barbas.

Contadas veces veían al rey sus vasallos; así es que cuando salió en público, sentado en su carro triunfal de oro y seguido de un vistoso y deslumbrador ejército, el pueblo, maravillado de tanta grandezza, prosternábase al paso de la regia comitiva y gritaba entusiasmado:

—¡Viva nuestro gran rey!

Así fueron siempre las multitudes: agradecidas al fasto que pagan, y creyéndose ser ellas las que en realidad lo disfrutan.

Kamalión VII, para demostrar lo inmenso de sus riquezas, tiraba al aire, siempre que salía de palacio, monedas de oro, que á puñetazos, coces y mordiscos disputábanse los afortunados súbditos de este monarca tan pródigo y no emulado en su liberalidad por los demás reyes, los cuales, antes que tirar á su pueblo cuartos á la rebatiña, mejor le tiran cañonazos.

Conocida esta generosidad, huelga decir que los pentacisios tenían á Kamalión por el mejor de los soberanos.

II

Tenía el príncipe un secretario particular llamado Clitios, grande amigo de burlas y de engaños y un mucho tocado de la chifadura de filosofar todo lo más lisa y llanamente posible acerca de las flaquezas que los mortales padecemos en el planeta.

Clitios un día dijo á su amo:

—Oye, se me ocurre para mañana proporcionarte un buen rato á costa de esa manada de borregos que esperan tus salidas de palacio con más ansia que un amante la hora de supremo amor.

—¿Y en qué consiste el lance?—preguntó el rey con curiosidad.

—Mañana, una hora antes de que abandones palacio, saldré yo disfrazado de mendigo y provisto de las monedas de oro que acostumbras á tirar al pueblo. ¿Comprendes?...

—Ni una palabra.

—¡Parece mentira!... Salgó de palacio, atravieso la plaza, arrojé como tú las monedas y...

—¿Y qué?...

—El final me lo reservo para cuando tú salgas y regales á la muchedumbre monedas falsas de estaño.

III

Cumplióse el programa tal como lo proyectó Clitios.

Una hora antes de salir el rey encontrábase la plaza llena de gente que pugnaba por acercarse al palacio.

Abriéronse las puertas de éste.

—¡Ya está ahí el rey!

—¡Bendigan los dioses al gran Kamalión!...—gritó la multitud que, atónita al ver salir en lugar del príncipe á un mendigo tan viejo y astroso como el que se ofrecía á su vista, quedó en silencio, mirando agresivamente al que tal les había chasqueado.

Clitios, disfrazado á maravilla y fingiendo como un consumado actor su papel, atravesó la plaza de parte á parte arrojando al aire puñados de monedas de oro.

Ni uno solo de los espectadores hizo ademán de recogerlas.

Unos á otros se decían, encogtiéndose despreciativamente de hombros: —¡Psh! ¡Son monedas falsas!...

—¡Sin duda ese mendigo quiere divertirse á costa nuestra!...

Y obsequiaron al donante con una silba horrosa, mientras que con saña digna de mejor empleo pisoteaban las monedas.

—¡Ahí está el rey!—volvió á gritar el populacho al ver salir á Kamalión sentado en su carro triunfal de oro.

Y todos se pasieron de rodillas hasta que Kamalión arrojó al aire puñados de monedas que fueron, como siempre, conquistadas á fuerza de puñetazos y á costa de descalabraduras y magullamientos.

—¡Vea, Kamalión!...—decía Clitios, riéndose á más no poder.—¡Ahí tie-

nes lo que vale el prestigio en la humanidad: arroja el soberano monedas falsas, y el pueblo se mata por recogerlas; tira un mendigo monedas de oro, y el pueblo las pisotea creyendo que son falsas...

Alejandro Barrubiera.

LA ETERNA DIFICULTAD



—Los francos á 19,40! Tampoco este año puedo ir á Bayona á comprarme un chaleco.

LA PRIMERA COMUNIÓN

MONÓLOGO

Pues, señor, todo ha salido á medida de mi anhelo: ¡qué gran corona, qué velo y qué precioso vestido!

Con ninguno, que recuerde, me hallé jamás tan vistosa, excepción hecha del rosa, del amarillo y del verde.

Y á no ser cosa vedada el jurar, yo juraría que ni aun el negro me hacía la cintura tan delgada.

Mucho me encanta y recrea mirar que me favorece. Hasta el velo me parece que mi semblante hermosa.

Hallo mis labios más rojos, mi frente más blanca y fina, y una expresión peregrina en las niñas de mis ojos.

Más, en verdad, nada de ello me ha sorprendido y pasmado como encontrar más risado y brillante mi cabello...

Labios, ojos, frente, rizos, embellecidos así... ¡Nunca del traje creí que aumentara mis bechizos!

Y lo que parece sueño es que, sin llegar al pie, lo transforme... ¿Quién no ve que hoy es mi pie más pequeño?

¡Oiga!... y mi mano la trae en tan linda miniatura, que á fe que se me figura la mano de mi muñeca.

Y, ó el espejo en este día pérfidamente me engaña, ó hay en mí andar una extraña gentileza que no había...

Mamá llama... Su paciencia componiéndome agoté... Me voy... En el templo haré el examen de conciencia...

.....

Sin duda á la iglesia irá ese joven que me mira, y que se aparta y retira cuando le mira mamá.

Por más que si voy yo allí y él me sigue, según veo, es claro que da el paseo, más que por nada, por mí.

Parece elegante y fino, y es muy simpático, ¡vaya! Ese le da quince y raya al cursi de mi vecino.

¿Y qué le habrá enamorado, mi semblante, mi cintura, ó el aire que á mi figura el nuevo traje ha prestado?

Aunque de pies á cabeza me examina de tal modo que presumo que del todo le cautiva mi belleza.

Si algo más se aproximara á mi sabor le vería... porque á mí me agrada verle de cerca la cara.

¡Hola! se va á la otra acera y se me coloca enfrente...

¡Y me mira fijamente
¡Y de qué extraña manera!
Siento en el rostro un calor...
Debo de estar encarnada...
Vamos, ¡yo no he visto nada
tan simple como el rabor!
¿Me dirige una sonrisa?
¿Quién no responde á tal ruego?...
¡Malol! Mamá nota el juego
y me lleva más aprisa.
Pero él corre, y más y más
me mira y se va acercando...
¡Jesús! ¡Pues no estoy temblando
porque ahora viene detrás!
No advierta mi madre en mí
esta inquietud que me asalta...
¡Y la iglesia!... Poco falta.
Puede que me calme allí.
¡Como! La grana me ha puesto
otra vez!... ¡Qué cerca viene!
¡El pícaro traje tiene
la culpa de todo esto!
Llegamos... ¡Con qué insistencia
da en perseguirme y mirarme!
Trabaja va á costarme
el examen de conciencia.

Durante la confesión
no sé dónde se ha metido:
acaso no haya querido
quitarme la devoción.
¡Ay, allí está!... Su mirada
se ha cruzado con la mía,
y he vuelto á la tontería
de ponerme colorada...
Voy en un vuelo á cumplir
la dichosa penitencia...
Lo que es en punto á presencia
nada le puedo pedir...
No sabe sino mirar
á esta tinoda donde estoy...
¡Cómo le gustó!... Ya voy.
Me llaman á conulgar.
Que no eche de ver el cura
que me mira y que le miro...
Se me ha escapado un suspiro...
Tengamos más compostura.
Y el cielo piadoso quiera
que esto acabe sin demora,
porque me afige que ahora
de verle no hallo manera...
Va viene aquí el padre... Un poco
de fervor y de quietud...
Va llega... ¡En esta actividad
le acabo de volver loco!

Serafin Alvarez Quintero.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Don Calixto.—Tienen el defecto de casi todos los cantares de este mundo, es decir, la vulgaridad, de que hay que huir como del fuego.

Sr. D. M. A.—Sí, se ve que trabaja usted, pero todavía le falta algo, y ese algo es... miga. Casi ninguna dice nada nuevo.

Sr. D. V. H.—Que es lo que le pasa asimismo á la composición de usted.

Sr. D. E. F.—Hay que estudiar mucho
y hay que medir bien,
y tener en todo
cierto ten con ten...

Ru. p. Rón.—El soneto, dedicado á un poeta empieza de la manera siguiente:

«Salíó el sol y despejó los montes
arrebatao cuanto halló á su paso,
el mofítico cielo quedo raso
y se escondieron los rinocerontes...»

¡ese cielo mofítico, ese sol que arrampla con todo lo que encuentra y esas manadas de rinocerontes que se ocultan huelen á guasa viva, pura y coleando.

Sr. D. L. F.—Pues... el asunto es un tantico inocente y la forma está un poquito forzada. Quiere decirse que le faltan corrección y soltura.

El portugués.—Pudiera pasar la primera, pero ¡ay! es tan poquita cosa que no vale la pena de pedirle á usted la firma. (Confieso haber dicho esto mismo un millón de veces, pero como el caso se repite con lamentable frecuencia...)

M. U. A.—He enñado de menos las copias de esta semana. ¡Cielos! ¡Si se le habrán perdido á usted las cuartillas!

Poesía ronal.—La intención es buena, pero el infierno está empedrado de buenas intenciones. Hay que tener cuidado con la versificación para que no resulte ríspida, desmayada y baja.

El de antaño.—No me parecen mal del todo. Pero... (¡siempre ha de haber algún pero!) sólo hay una que encaje en la índole del periódico; y como se trata de cuatro versos nada más...

Sr. D. A. M. M.—El cuento es muy antiguo, se ha puesto en verso muchas veces y siempre en forma más concreta por supuesto. Usted lo ha diluido demasiado, y ¡claro! con la extensión pierde la gracia.

Sr. D. J. R. P.—¡Hombrel! Además es usted paisano mío? Bueno, pues... no importa que sea usted pesado, que para mí no lo es nadie; se trata de que trabaje despacito y cuidando lo que haga. Porque en esta composición se le han escapado á usted unos cuantos versos largos que no tienen perdón de Dios, como por ejemplo:

«que-de-se-an-do-cur-sar-u-na-ca-rre-ra»

Doce sílabas. Si del *ras* se hace una resulta el verso duro.

«pe-ro-si-en-su-ma-gín-no-ha-bi-an-cua-ja-dos»

Otras doce sílabas.

«vol-yó-en-cam-bio-á-su-al-de-a-dés-co-no-ci-dos»

Doce también... Son habas contadas.

Un infeliz.—¿Quiere usted que le hable con el corazón en la mano? Pues esa crítica de usted está hecha razonadamente y con gracia y con sal, y con pimienta. ¡Ya quisieran más de cuatro escritores de por acá poner la pluma como usted la pone! Pero tiene usted dos defectos: uno propio del clima y es el estilo demasiado agresivo, y otro común á todos los críticos al mendeco; y es el de pescar sardinas con harpón, como dice el protagonista de *Un crítico incipiente*.

Sr. D. C. M. S.—El soneto es demasiado triste... y no se le ve el humorismo. Además, entre los tercetos y los cuartetos hay unas asonancias imposibles. Tampoco de las menudencias puedo aprovechar nada desgraciadamente.

Cananeo.—Sí, el erotismo es pasión fuerte de amor, pero carnal, y eso siempre es expuesto para decirselo á una señorita. Esa otra puede pasar... para el objeto á que se destina.

Pierrat.—¡Jesús! ¡De qué mal gusto es el final y usted! perdona.

Sr. D. G. A. S.—En diez y seis versos he encontrado: uno largo dos consonantes que no lo son, y dos asonantes que no deben serlo. Es bastante ¿verdad? No necesitará usted que especifique porque se convencerá usted si la lee de nuevo.

El licenciado Amador.—Ya conocía el chiste. Por cierto que me había hecho ruborizar oportunamente.

Fray cualquiera.—Se agradece con toda sinceridad el ofrecimiento. Los epigramas carecen de novedad en absoluto.

Emegsa.—La epístola está muy bien. ¡Mucho mejor que la fabulita, cuya forma anda un poquito descuidada.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA—TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambay, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.